

LO FUNDAMENTAL

Todo el mundo conoce que lo fundamental en un edificio son sus cimientos. No porque de ellos se derive toda la particularidad de lo construido, que puede ser variada o distinta: ni porque soporten con eficacia lo sobresaliente, que puede ser bastante o escaso; sino porque no hay estructura o modalidad habitable, en lo levantado establemente sobre el suelo, que se justifique sin recurrir, en última instancia, a su cimentación subterránea. Lo mismo pasa en las construcciones culturales o políticas. Sin embargo, pocos pensadores han considerado que el fundamento de las funciones sociales, su justificación existencial y moral, lo que de verdad es fundamental en todas las instituciones, está siempre, y de modo único, en la libertad. Incluso el principio de razón suficiente de Leibniz, como también el principio de identidad en Heidegger, tienen por último fundamento la libertad. Sea la de Dios o la del ser humano.

Lo que no está fundado en la libertad puede tener su particular razón de ser en la sociedad, su razón histórica de estar en el mundo, incluso su razón de perdurar más allá de su circunstancia fundadora, pero carece de justificación existencial porque está moralmente infundado. Aunque pueda ser explicable por sus razones particulares, no es en modo alguno justificable por la razón universal de humanidad. Cada forma concreta de poder tiene sus fundamentos nacionales. La Monarquía intransitiva, fundada en la Transición, tiene los suyos. Pero sólo la libertad, en tanto que fundamento de los demás fundamentos históricos, justifica las formas concretas de existencia colectiva o personal. Sin libertad de fundamento o, lo que es igual, sin libertad constituyente, no hay fundamento ni constitución de la libertad. El fundamento de las instituciones en la libertad tiene, para la vida política y cultural, el mismo valor constituyente que el principio de no contradicción para la lógica del lenguaje.

Los cimientos de la Transición no son profundos ni sólidos. La excavación no sobrepasó los niveles inmediatos del yacimiento histórico de la dictadura. No llegó a los veneros de la libertad. Y la materia cimentadora, el consenso de la clase gobernante, es de naturaleza deleznable. El fundamento de la Transición está en la Reforma. Y el fundamento último de ésta, en la consecución del poder por los principales hombres de la Dictadura. Mientras que el fundamento de los fundamentos políticos y sociales de la Ruptura democrática era la libertad. El edificio constitucional, proyectado y construido desde el Estado sobre la Sociedad, no se apoya en suelo firme y contradice las leyes de la gravedad moral. En lugar de haberse levantado de abajo arriba, se ha descolgado desde la Jefatura monárquica del Estado hasta el nivel popular. La popularidad de un sistema político aumenta en la misma medida en que disminuye la intervención



del pueblo en la determinación del poder. A mayor grado de popularidad, menor grado de libertad y menor fundamento político. La explicación es simple. A menor libertad del pueblo mayor necesidad de demagogia.

Ningún sistema de poder suscita el entusiasmo popular levantado por las dictaduras nazi-fascistas. Franco era más popular que el Rey Juan Carlos.

Aunque se confundan en el lenguaje vulgar, lo fundamental es cosa distinta de lo principal. Pues esto proviene de los principios de acción, y aquello, del fundamento de los mismos. El fundamento de la Reforma, su motor y su finalidad, no era la libertad de los españoles. Lo demuestra el carácter gubernamental de la Reforma y la ausencia del elector en la concreción actual del poder. Lo fundamental no ha podido ser, así, la conquista ni la procuración de la libertad. Lo principal ha consistido en la retención del poder por quienes lo tenían, y la procuración ocasional del mismo por los socialistas centrales y los nacionalistas periféricos.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

ALIMENTOS-MERCANCÍAS

Las vacas locas: el escándalo no agota su interés en su problemática intrínseca, a pesar de lo importante que ésta es, además pone al vivo la inhumana degradación de la actual sociedad en aspectos vitalmente básicos. Observemos el panorama. Mil millones de seres humanos en el Tercer Mundo, sufren la lacra del hambre y cuarenta y cinco mil niños mueren diariamente a consecuencia de ella. Y ahora resulta, por añadidura, que en el Primer Mundo, castigando nuestra indiferencia egoísta, tampoco vamos a poder comer. No precisamente por ausencia de alimentos, que se acumulan, se desperdician e incluso por mor de mantener los precios, se limita su producción, sino porque los productos alimenticios, elaborados bajo el imperio del beneficio y no de su utilidad vital, se están convirtiendo en auténtico veneno.

El biólogo español Ramón Turró, replicando a Descartes, formuló su tan provocador como certero principio «como, luego existo». Y no está de más el recordarlo, cuando al idealismo del cogito cartesiano ha sustituido el de los teléfonos móviles y el internet como remedios de los grandes problemas actuales. Mas no es éste el aspecto en que querría insistir, sino en la necesidad hoy, a la vista del panorama mun-



dial, de apostillar el principio turroniano: y transformarlo en «como, luego me envenenan y acabarán con mi existencia», en una zona del planeta, y, en la otra, «no como, ergo no voy a sobrevivir». Tal es la situación en un mundo en que el enorme

potencial de desarrollo se pervierte a consecuencia de una ideología y una práctica que, al modo del rey Midas, convierte toda la realidad que toca en económico oro.

Si queremos refutar la mitología del mercado, no hace falta sino examinar las consecuencias de la mercantilización y la perversa transmutación que arranca a los alimentos su condición de bienes imprescindibles para la supervivencia humana, convirtiéndolos en mera mercancía. Expertos en el problema del hambre mundial, como Susan George, han insistido en que no es la escasez la causa del hambre, sino el precio de los alimentos. Estos sobran, pero la industria alimentaria multinacional los hace inalcanzables para gran parte de la humanidad y, al mismo tiempo, su hegemonía despótica, como ha subrayado René Lenoir, ha arruinado las posibilidades de autosubsistencia del Tercer Mundo.

Regresemos al Primero. Con el escándalo de las vacas locas asistimos a un episodio culminante de la forma en que nuestros alimentos son adulterados tratando de maximizar el beneficio. Conservantes, colorantes, manipulaciones que atienden a la presentación y transporte, aunque pueda implicar nocividad y, por supuesto, deterioro del sabor, priman sobre la calidad y función alimenticia. Pero la encefalopatía espongiforme bovina ha revelado otro aspecto gravemente inquietante; la complicidad o pasividad de las autoridades ante la amenaza tan grave para la humanidad que supone la aparición de esta enfermedad en animales que sirven de alimento. A los cuales, rompiendo elementales leyes biológicas en nombre de la ganancia, se ha obligado a ingerir piensos con componentes animales, inadecuados para un herbívoro. Un ejemplo más de una técnica que no respeta los condicionamientos impuestos por la naturaleza.

Se ha anunciado la previsión de cien mil seres humanos afectados por el consumo de estas carnes, solamente en el Reino Unido. Pero ha habido una larga ocultación silenciadora, durante diez años. Y, por ahora, no se sabe de castigo a los responsables. Aunque estamos asistiendo a algo que toma caracteres de singular genocidio, un genocidio que podríamos calificar de «genocidio trófico». Incluso, en ocasiones, da la impresión de que no es la salud sino la economía lo que preocupa a las autoridades. Así la comisión europea ha llegado a hablar de la necesidad de restablecer «la confianza de los consumidores».

Y es que nos encontramos inmersos en un mundo en el cual lo que cuenta es dominar las conciencias y aumentar los beneficios. En mi anterior artículo criticaba a quienes ante las elecciones en EE UU consideran que lo decisivo es que la gente no pierda la fe en la democracia, aunque ésta no funcione correctamente. Ahora presenciamos algo aún más grave: lo importante no es que muramos envenenados, sino que lo hagamos felices y engañados.

Carlos PARÍS

LAS SALIDAS DEL AVE

Al magnífico plan de crear una red de trenes de alta velocidad en España, con los proyectos de Málaga, Barcelona y el Norte en marcha, y a punto de completarse el diseño de los accesos a Valencia y a Galicia y Extremadura, queda todavía por poner la guinda de lo que debe ser una parte de la red europea de trenes de rápida velocidad.

Francia y Portugal, nuestros vecinos inmediatos, quieren también hablar de alta velocidad ferroviaria, pero han llegado todavía a poner sobre la mesa ni planos concretos ni planes de viabilidad económica. Es el caso de los franceses, que se muestran de acuerdo

en conectar con la vía que llegará de Madrid a Barcelona y la frontera gala, pero retrasan su decisión, con el consiguiente enfado de los nacionalistas catalanes. Peor aún es el caso de los portugueses, que se enfrentan a una difícil decisión: ellos quieren un ave que vaya hasta Oporto y enlace con Francia por Salamanca. El caso es no pasar obligatoriamente por Madrid. Pero si aquí se construye la prometida línea de Extremadura, junto a su frontera, lo lógico es prolongar el trazado hasta Lisboa. Con la ventaja de no impide que se construya otra por el Norte, hacia Oporto y Galicia.

Juan BRAVO

